



La dignidad de la mujer y su relación con las concesiones.

Por: José Enrique Collazo Carmona.

En todo tiempo la dignidad del ser humano, hombre y mujer, es un tema obligado a tratar por todo aquel interesado en la promoción de cada persona, empezando por uno mismo. En nuestros días y en nuestro medio conviene reflexionar un poco sobre la vida cotidiana y los riesgos de ir perdiendo poco a poco nuestra identidad y nuestra condición moral. Hay factores que contribuyen a salirse del patrón querido por Dios para el ser humano ante las dificultades objetivas que no ayudan a un cauce progresivo de la personalidad. La tarea de favorecer una cultura que nos apoye a salir adelante sin hacer concesiones que nos rebajen es un deber de todos.

Si bien esta pugna entre concesiones indebidas y firmeza ante estos riesgos afecta a todos por igual, no cabe duda de que las mujeres corren los mayores peligros de ser sacadas del cauce de la dignidad. Por tanto, pondré el acento en las féminas para que todos nos detengamos a valorar este asunto con el mejor deseo de desarraigar lo que rebaje esa dignidad y fomentar

el arraigo de los valores y virtudes que conforman una identidad madura, equilibrada y moral.

Recuerdo a un psiquiatra de alto nivel y de una percepción valiosa del ser humano que repetía: “en el camino de las concesiones se sabe por dónde se comienza pero no se sabe dónde termina”. Los que hemos vivido unos cuantos años sabemos bien de qué se trata; es un llamado a mirar dentro de uno mismo y a nuestro alrededor para revisar y conocer ‘por dónde vamos y por dónde van las mujeres’ en nuestro entorno cercano o no tan cercano. Comienzo por mostrar ejemplos de las telenovelas foráneas donde se presentan a modelos para todo tipo de propaganda o revistas. Ellas deslumbradas por el éxito y el dinero van haciendo concesiones que si bien les pueden proporcionar lo que anhelan el nivel de su dignidad baja en picada. En nuestro medio hay varias tentaciones en las cuales nuestras compatriotas pueden caer, por ejemplo: aprovechar en sus trabajos y ‘sacar’ cosas para consumo familiar y/o el lucro; la venta de objetos

de procedencia desconocida para subir los ingresos *dadas* las necesidades; la de convertirse en compañeras sexuales de turistas; y, algo bien triste, participar o generar ilegalidades de mayor cuantía en la esfera económica.

Esta fragilidad de la mujer no se la podemos achacar a la herencia genética como descendientes de Eva, ni a problemas de género; estas tentaciones pueden afectar a los hombres según sea el caso. Ahora bien, lo importante es ver la realidad para conocer mejor estas problemáticas y de ahí unirnos a todos los que buscan superar estos «pecados personales y sociales». La contribución desde el Cristianismo, según la interpretación de la Iglesia Católica, es poner bien claro el peso de la dignidad integral de toda mujer como un valor de valores primordiales.

La mujer sabedora de sus ricas dimensiones innatas necesita conocer cómo desarrollar un proceso de crecimiento que le permita ir evolucionando, progresivamente, a lo largo de su vida. Este es el *quid* de la cosa, aspirar a crecer e ir subiendo en su vida. Siempre en el camino de ganar en calidad de vida entendida no sólo como tener buena salud. Todo cuanto la rebaje de esa altura es un daño moral y espiritual que puede tener serias consecuencias para su vida y la de los suyos.

La moralidad es un elemento constitutivo de cada ser humano que necesita ser conocido y desarrollado gradualmente a la luz de los conocimientos y la ayuda de los que nos educan. Se necesita tener un código moral o ético, este es el primer requisito; es decir, principios y normas que acepto para orientar mi pensamiento y conducta. Partimos de esta base indispensable para saber escoger entre lo bueno y lo malo. Desde niños se nos enseña a no decir mentiras, a no faltarle el respeto a los mayores, a no tomar nada que no sea suyo. Los padres, la familia, la escuela y la sociedad son los encargados de brindar esta educación para ser dignos. La cuestión reside en la capacidad de cada persona *de saber tomar las decisiones adecuadas* dentro de sus patrones. Los psicólogos desde Freud hasta Kohlberg nos recalcan el valor del remordimiento y la culpa cuando no hacemos lo correcto. Tanto uno como otro son indicadores de que no lo estamos haciendo bien, lo malo es cuando no lo percibimos.

Para realizar concesiones, la persona tiene que conocer qué es lo que cede. Algunos no tienen patrones éticos y no saben qué regalan. Este es el punto de conflicto.

Un ejemplo: una joven es embullada por sus amigas a ir a una discoteca, allí se mezcla con todo tipo de personas, unos más pillos la envuelven y le hacen caer en conductas inapropiadas. Otro ejemplo: alguien tienta a una almacenera a sacar cosas para vender y se dividen el dinero... así empiezan a rodar por la pendiente del delito. Vimos en el último ejemplo cómo se comienza a realizar concesiones, si les va bien la cosa sigue creciendo. Hay otros malos ejemplos que pudieran citarse pero no vale la pena.

La tarea de favorecer una cultura que apoye a todos a salir adelante sin hacer concesiones que nos rebajen es un deber de todos y es el objetivo de esta reflexión: contemplar la problemática para conocerla y actuar positivamente en aras de resaltar el valor de una recta conciencia moral y ética basada en un código de principios y normas personales, religiosas, sociales y universales.

Una idea que puede ayudar a la mujer es la siguiente: «haz todo cuanto vaya a favor de tu dignidad, rechaza todo cuanto te rebaje».

Recuerdo una vez más lo que decían mis abuelos y padres con sano orgullo... “*mi hija es pobre pero honrada*”. Este principio de nuestra cultura es importante ‘rescatarlo’. Invito a todas y a todos a enfrentar este reto animados con la fuerza del pensamiento martiano de contribuir al mejoramiento humano.